santidad inmensa: San Agustin la llama inefable: San Anselmo afirma que fué un abismo insondable: el Chrisóstomo, que tocó la raya de lo infinito; y Santo Tomás de Villanueva concluye que fué tan prodigiosa esta santidad de María, que ni ella misma acaso pudo comprehender su elevacion y grandeza.

Locuciones al parecer hiperbólicas; pero en realidad muy conformes á los sentimientos mas inconcusos de la Teología. Oid el fundamento: es comun sentir de los Doctores de la Iglesia, que María en virtud de su inocencia original fué dotada de todo el lleno de una razon perfecta desde el instante mismo en que fué concebida: que desde este tiempo empezó á conocer á Dios con un conocimiento el mas sublime y el mas ilustrado con todas las luces de la sabiduría: que desde entonces su voluntad no cesó un solo momento de amar á Dios con toda aquella extension, de que es capaz una criatura adornada con la plenitud de la gracia santificante: que por medio de continuos actos de virtud los mas ventajosos, mereció á proporcion de su felicidad, nuevos aumentos de aquel primer grado de gracia, y se enriqueció cada vez mas con nuevos tesoros en la presencia de Dios: ¿pues quál seria el grado de santidad á que se elevó su nobilísima alma, que desde el punto de su animacion ya comenzó á merecer por medio de un exercicio continuo de acciones las mas heroycas? Confesemos, Católicos, que habiendo estado María nueve meses sin interrupcion alguna aprovechándose de esta gracia en el seno de su venturosa madre, llegaria aun antes de

nacer á un grado de gracia y de mérito, y á una plenitud de santidad y perfeccion incomprehensible aun para los mismos Angeles y Santos.

¿Pero acaso esta santidad extraordinaria fué el ultimo fruto de su Inmaculada Concepcion? No, Católicos. Otra nueva excelencia no concedida á ninguna pura criatura fué el mas precioso gaje de su inocencia original: hablo, señores, de la vision clara de Dios con que fué dotada desde el primer momento de su ser, de aquel galardon que forma toda la grandeza y felicidad de los espíritus bienaventurados, de aquel privilegio tan deseado de los mayores Santos que jamas pudieron conseguir en esta vida, de aquellos dos estados de viador y comprehensor tan opuestos entre sí, que solo pudieron hermanarse en la sagrada humanidad del Verbo: estos dos extremos tan distantes se reunieron en María al tiempo mismo de concebirse: en aquel instante, sin dexar la condicion de viadora, se eleva al monte Santo, y entra en la nube donde se oculta la Magestad del Señor: su espíritu se inunda á un mismo tiempo de un torrente de gracia para merecer, y de un torrente de gloria para hacerse participe de la felicidad eterna: rodeada de gloria descansa dulcemente en el seno de la divinidad: allí se vé anegada en un abismo de delicias, de dulzuras y de suavidades eternas: allí descubre los mas altos misterios y los arcanos mas impenetrables: unas veces la Trinidad de las Personas, otras la unidad de la Esencia, otras la inmensidad del Divino Ser, ya la plenitud de su poder, ya la generacion eterna del Verbo, ya finalmente

las maravillas de su futura Encarnacion. ¡Qué fondo de gloria, de mérito y de privilegios! ¿Seria esto empezar á vivir entre las prisiones de la carne, ó reynar ya en la patria celestial?

No extrañeis unos privilegios tan singulares y tan contrarios á las reglas establecidas por la Providencia: María estaba predestinada para Madre de un Dios, el Verbo Divino habia empeñado su palabra, y era necesario trastornar en el instante primero de su ser los fueros mas respetables de la naturaleza y de la gracia: era preciso invertir las leyes generales, que como Autor Supremo se habia impuesto en la formacion del universo: era forzoso hacer el mayor esfuerzo de su misma omnipotencia, y ostentar su infinito poder, para observar con ella una economía extraordinaria, que no ha guardado con ninguna pura criatura: una economía por la que previniendo á María desde el principio de sus caminos con la plenitud de una gracia tan especial, era consiguiente adornarla con la infusion de los dones de naturaleza y de gracia, elevarla luego á la sublime condicion de viadora y comprehensora, y ultimamente confirmarla en la posesion inadmisible de tan extraordinarios favores.

En virtud de la especial providencia con que santificó á María en el primer instante de su ser, por medio de un privilegio sin exemplar, se vió en cierto modo precisado á franquearla todas aquellas gracias extraordinarias que conducian á valorar su original santificacion, á hacerla brillar cada dia con nuevos resplandores, á engrandecerla con unos favores insolitos, á colmarla de todo quanto hay mas precioso en los ocultos senos de su omnipotencia, y ponerla en estado de ser el espectáculo de admiracion para los Angeles, y de complacencia para el mismo Dios; siguiéndose de aquí que aquella gracia preservativa fué como la raiz y fundamento de todos los dones, de todos los privilegios, y de todos los tesoros, con que el Altísimo la enriqueció despues. La gracia original fué el manantial perenne de las bendiciones mas copiosas del cielo, y al mismo tiempo la fuente de todas las bendiciones de la tierra: *Benedixisti Domine terram tuam*: Ved aquí la segunda verdad que os propuse, y en la que debeis vosotros convenir.

SEGUNDA PARTE.

Porque á la verdad, la Iglesia, esta casta Esposa del Salvador, mancomunada con todos sus hijos, y siguiendo las huellas del divino espíritu que la gobierna, empezó desde su misma cuna á mirar la inocencia original de María como el fundamento de sus elogios, y una fuente inagotable de sus alabanzas; por esta razon nunca se ha detenido en aplicar á esta gran Reyna las frases mas honoríficas que se hallan esparcidas en los libros santos, á fin de aplaudir su inmunidad: así vemos que empleando en honra suya toda la eloqüencia de los escritores canónicos la acomoda algunas veces, en sentido figurado, lo que Salomon dixo del Verbo Divino, que era una efusion de la claridad del Todopoderoso, un rayo de su eterna luz, y una imágen viva de su bondad: otras veces la apropia aque-

llas expresiones magníficas de los Proverbios: el Señor me poseyó en el principio de sus caminos como la primogenita de las criaturas antes de la revolucion de los siglos; y quando los abismos aun no exîstian, ni los cielos se habian formado, ya era yo concebida en la mente del Altísimo.

Unas veces recorriendo los principales pasages de la Escritura, escoge aquellas heroinas mas famosas que por sus virtudes se adquirieron en la Sinagoga una gloria inmortal, y tomando sus nombres y su propio carácter para aplaudir el misterio de su Inmaculada Concepcion, la llama valerosa Judit, que domó el orgullo del infernal Olofernes; esforzada Débora que derrotó las tropas del impío Sisara; Estér hermosa, á quien no comprehendió la fatal ley fulminada contra la descendencia de Adan; Lia fecunda, caritativa Sara, bella Raquel, Abigail prudente, compasiva Tecuitis, casta Abisag: otras valiéndose de figuras enigmáticas para retratar su pureza la compara con el lucero de la mañana, precursor de los resplandores del divino sol, ya con un espejo sin mancha, que jamás pudo empañar el soplo venenoso de la serpiente, ya con la torre de David inaccesible á los golpes del comun enemigo, ya con un esquadron formado en órden de batalla contra la potestad de las tinieblas, ya finalmente la llama luna sin mengua, mirra escogida, lirio entre espinas y vaso de honor.

Los Santos Padres, aquellos Panegiristas irreprehensibles, acordes con los sentimientos de la Iglesia han empeñado sus plumas para pintar con religiosa magnificencia la santidad primordial de María:

los unos con San Cirilo, la han llamado obra de un eterno consejo: los otros con San Ambrosio, la han mirado como la perspectiva de Dios: aquellos con San Bernardo la han considerado como un prodigio de la omnipotencia: estos con el Serafin Buenaventura la han representado como un rayo que sale del seno de la divinidad, un rayo puro, vivo y resplandeciente, en el qual se pinta como en su mas bella imagen una expresion de aquel divino original.

Estos son los sublimes elogios que los Santos Padres han dado á la pureza original de María, los que han servido de materia á los gloriosos trofeos que han levantado á su memoria los xefes de la Iglesia: estos sabios pastores, órganos indeficientes de la verdad, siguiendo el lenguage de los Padres, han manifestado á competencia su amor y ternura al inmaculado misterio, y han apoyado este singular privilegio con las decisiones mas terminantes; si me fuera lícito referir por menor las Bulas, Breves y Decretos que han expedido, tendriais el consuelo de ver una cadena que forma una continuacion de elogios, privilegios, gracias y favores con que se han explicado sucesivamente para excitar el fervor de los fieles; pero baste decir, que despues de Sixto IV. todos los Sumos Pontífices han procurado con los mayores esfuerzos inspirar á todos los pueblos la mas alta veneracion á la inocencia original de María, haciendo resonar sus extraordinarias excelencias en los sagrados templos, y señalando dia en que todos la tributen solemnes cultos, y reunan sus votos para celebrar y aplaudir las

maravillas que el Altísimo ha obrado en el primer instante de su animacion santa.

¿Qué testimonios mas decisivos podeis pedir para acabaros de persuadir á que la gracia preservativa de María ha sido el fundamento de los elogios que ha recibido de los grandes honores, y del origen de todas las bendiciones de la tierra? Pero si aun deseais otras pruebas auténticas de esta verdad, estended la vista por el órbe literario, y vereis que las mas célebres Universidades de París, Colonia, Maguncia, Salamanca, Alcalá, Valencia, Praga, en una palabra, vereis que las mas plausibles Academias de Europa y del nuevo mundo, émulas de la ternura y devocion de los Sumos Pontífices, han dedicado sus vigilias en obsequio de tan santo misterio, han empleado todo el caudal de su sabiduría en promover sus glorias, y aun muchas de ellas han establecido como una sancion inviolable, que sus alumnos no puedan condecorarse con la borla de Doctores, á menos que por medio de un voto expreso se constituyan apologistas y defensores de la santidad originaria de María.

Volved los ojos á los claustros y vereis que las sagradas religiones, valuartes invencibles del christianismo, han dado igual testimonio de su zelo y tierna devocion en honrar este primer privilegio de la Reyna de los cielos, ya descubriendo con la fuerza de sus ingenios nuevos caminos para afianzar mas su culto, ya empleando en los pulpitos la eficacia de su doctrina para adelantar y amplificar sus grandezas, ya finalmente ligando á sus profesores con la obligacion solemne de hacer frente á

los enemigos de tan santa inmunidad aun á costa de los mayores sacrificios.

Pero lo que mas claramente manifiesta la verdad de mi proposicion es el zelo con que las potestades de la tierra han juntado sus votos á la comun aclamacion: sí señores, apenas Roma desplegó sus labios á favor de la opinion piadosa quando las principales Cortes de Europa dieron las muestras mas singulares de su cordial devocion á la pureza de María. Viena, despues de interesar al César á una solemne consagracion de su persona y estados al feliz auspicio de tan gran Reyna, erige en su plaza mayor una soberbia columna adornada de emblemas y figuras como otros tantos símbolos de los triunfos que María ha conseguido contra el pecado. Francia interpone la autoridad de sus augustos Monarcas con el sucesor de San Pedro, y se gloría de haber impetrado un octavario solemne en memoria de la Inmaculada Concepcion.

España... ¿pero qué no ha hecho la peninsula á favor de la inmunidad de María? ¿Ni quién ignora los piadosos esfuerzos de los devotísimos Reyes dedicados á darla el ultimo esplendor? ¡O! Si yo pudiera hacer hablar las augustas cenizas de aquel heroe, que fué honor del trono Español, por su valor y por sus virtudes: de aquel inmortal Borbon que supo reynar él, y hacer reynar á su Dios: de aquel nuevo Constantino que defendió con igual zelo los intereses de su Corona y los de la Iglesia; ya me entendeis, del ínclito Cárlos: entonces oiriais con edificacion vuestra un catálogo de señales decisivas de su singular ternura al inmaculado mis-

terio, porque á la verdad este gran Príncipe apenas empuña el Real Cetro, quando elige entre los demas misterios de María el de su Concepcion santa por numen tutelar de todos sus dominios, asegurando baxo su patrocinio una doble felicidad á toda la nacion: luego funda para realzar el misterio un esclarecido órden, en que distinguiendo á ciertos vasallos con el real hábito de la Concepcion, los eleva á la mayor dignidad, y los hace dignos de su mas alta estimacion: despues establece un congreso magestuoso de Teólogos, que semejantes á aquellos robustos de Israel que guardaban el florido lecho de Salomon, defiendan el sagrado depósito de la inmunidad, promoviéndola con infatigable zelo, hasta inclinar, si posible es, la balanza del Santuario, á una definicion dogmática á favor de la opinion piadosa.

¿No es todo esto, señores, un conjunto de acciones llenas de ternura y devocion á la Reyna de los Angeles, que por sí solas manifiestan que su santidad preservativa ha sido el fontal origen de todas las alabanzas de los hombres, y el principio de todas las bendiciones de la tierra? *Benedixisti Domine terram tuam.* Pero no me admira la tierna devocion de los fieles quando se trata del culto de la Inmaculada Concepcion: tampoco me admiro de que los primeros xefes de la Iglesia la hayan consagrado sus elogios, los Príncipes Christianos sus votos, los Teólogos sus vigilias, los Oradores sus Panegíricos, los pueblos sus respetos, y todos los estados desde el cetro hasta el cayado la mas alta veneracion, porque todas estas demostraciones de honor han sido unas resultas necesarias, y unas emanaciones forzosas de aquella primera gracia preservativa que la exîmió del contagio original, y este mismo privilegio la puso en estado de ser un objeto digno de todas las bendiciones del cielo y de la tierra: *Benedixisti Domine terram tuam.*

Estas son las gloriosas utilidades que María ha sacado del sagrado misterio de su Concepcion, utilidades que encierran en sí toda la grandeza, toda la gloria, y todas las distinciones que puede gozar una criatura la mas privilegiada; pero al mismo tiempo utilidades muy oportunas para nuestra comun edificacion. Sí, señores, María por el privilegio de su Concepcion triunfó del pecado, y la gracia al mismo tiempo que santificó su persona, fué en ella un manantial de méritos para realzar las obras de su vida: ved aquí la idea mas ajustada de nuestra Concepcion espiritual en el Sacramento del Bautismo: en él se nos infunde una gracia, que aunque de órden inferior á la de María, no dexa de obrar en nosotros á proporcion semejantes efectos; quiero decir, que recibimos una gracia capaz de santificar nuestras personas, que nos eleva hasta la dignidad de hijos de Dios, nos hace participes de la naturaleza divina, comunica á todas nuestras acciones un mérito digno de la vida eterna, y pone en nuestras manos un título auténtico de adopcion que nos da derecho á los bienes celestiales.

Por otra parte María, aunque concebida en medio de la abundancia y plenitud de gracias, aunque exênta de la rebelion de las pasiones, sin embargo usa de todas las precauciones necesarias para conser-

var el privilegio de su inocencia. Ved aquí un exemplar el mas excelente que debemos proponernos para velar sobre la gracia de nuestra adopcion. Porque si María sin embargo de haber poseido una gracia inalterable, y como dicen los Teólogos, inamisible, camina siempre por la estrecha senda del temor de Dios, huye del mundo desde sus tiernos años, y busca su asilo en el sagrado de un templo: allí encerrada en aquel feliz albergue, distribuye las horas del dia entre la oracion y el trabajo, y si despues se vé obligada á seguir á su santo Esposo, y dexarse ver en público, es solamente por exercitarse en obras de piedad para luego esconderse y retirarse, no solo de los peligros del mundo, sino aun de su aliento ponzoñoso; ¿será razon que nosotros llevando el tesoro de la gracia en unos vasos de barro, como dice el Apóstol, y siendo tan frágiles y débiles, nos expongamos temerariamente á todos los peligros?

¿Será razon que freqüentemos las ocasiones mas alagüeñas, que caminemos sin rezelo por entre los mismos escollos, que abandonemos todas las precauciones necesarias, y vivamos de asiento en el seno mismo de los precipicios? ¿Y despues de eso no querremos ser el juguete de nuestras pasiones, ó nos admiraremos de nuestras repetidas caidas? ¡Ah! Tomemos, señores, lecciones de aquella incomparable Vírgen, y aprendamos á cautelarnos como ella, para que podamos conservar la gracia de nuestra adopcion: estudiemos el modo de darla todos los dias nuevos aumentos, y rompamos todos los embarazos que nos pueden detener en el camino de la virtud.

Con esta firme resolucion presentemos nuestros votos y súplicas á nuestra inclita patrona, no solo para atraer sobre nosotros los efectos de su proteccion, sino tambien para que Dios por su poderosa intercesion se digne proteger la Iglesia Católica y su cabeza visible, prosperar á nuestro Católico Monarca, para que su Real Corona esmaltada con la señal de la santidad, del honor y de la fortaleza, brille como un globo de luz sobre su cabeza, reuniendo en sí las glorias de su Serenísimo Padre, de su augusto Abuelo, y de todos sus ilustres progenitores: para que prospere á nuestro dignísimo Prelado, á esta noble ciudad, y á su Excelentísimo xefe, y á todos los pecadores, para que llamados á penitencia alabemos á Dios con María en la gloria. Amen.

SERMON X.

EN LA PROFESION DE UNA RELIGIOSA.

Elegi esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.

PSALM. 82.

Escogí de mejor acuerdo habitar en la casa de mi Dios, que morar en los tabernáculos del siglo.

¿Con que al fin, Sor Bartolina de las Mercedes, llegó el deseado momento por el que tanto suspirabas? ¿Llegó el instante venturoso, que quedará